



LA NOSTALGIA DE LOS 30 AÑOS

CARLOS GENOVESE

Dramaturgo y actor
Miembro del Teatro Ictus



les ocurría a los personajes en el escenario y mi propia historia personal.

Creo que allí reside una de las claves importantes de la obra y de su sentido más amplio y universal. En la medida en que el grupo de jóvenes actores-autores iba siendo fiel a la experiencia testimonial de

vida propia, que narraban en escena, mi yo de espectador se iba quedando paulatinamente atrapado en su propia nostalgia, cotejándola permanentemente con esa otra que brotaba del escenario. ¿Y cómo lograban interesarme y emocionarme con su historia? De una manera simple, mas no por ello habitual en nuestro teatro: a través del rescate de su pasado, a menudo trivial y reconocible, pero mirado con el prisma del amor, el humor y la ternura, por sobre el color de la tristeza y el lamento por lo que se fue y no volverá. "Que mi pasado fue y será una porquería, ya lo sé..." parecen decir a veces, como el tango, los actores, pero este pasado es el mío, el único, el irrepetible, el que me tocó vivir en suerte o en desgracia, y lo quiero por eso: porque es lo que me expresa, constituye lo que me formó y deformó a la vez, y debo escudriñar lo para conocerme y conocer a los que me acompañan en mi tránsito generacional. Mis temores, mis alegrías, mis inconsecuencias, mis humanas debilidades, mis efímeros momentos de gloria, son mi única experiencia real y como

¿Se puede sentir nostalgia a los 30 años, cuando aún no se ha vivido ni la mitad de la vida probable, y cuando infancia y adolescencia casi se tocan con el presente de una adultez que no es tal?

¿Se puede transformar este sentimiento triste en un motor de vida nueva, en vez de un acto de pura evocación del bien perdido, que conduce inevitablemente a la inmovilidad y al estancamiento, frente a las urgencias de un presente a menudo agresivo y de un futuro siempre incierto?

¿Es válida, tiene algún interés supra generacional, la noción de pasado, de historia personal y colectiva, de ubicación, en resumen: de vida, que se tiene a tan temprana edad, a tan corto plazo de razón?

Y por último: ¿vale la pena el esfuerzo de convertir en acción dramática las peripecias y los testimonios de existencias aún tan breves, de experiencias todavía tan cercanas, sin la perspectiva del tiempo transcurrido y que la vieja sabiduría aconseja?

Después de asistir a dos funciones de *¿Quién me escondió los zapatos negros?*, puesta en escena por la Universidad Católica, tengo que responder y responderme afirmativamente a todas estas interrogantes. No pude dejar de ver esta obra sino desde la atalaya de mis 43 años, bien cumplidos, estableciendo a cada rato la analogía entre lo que

tales son también mi principal fuente dramática, susceptibles de ser transformados en acción y en espectáculo.

Trabajando con rigor en esta línea de consecuencia entre teatro y vida personal, la obra avanza de acierto en acierto (con algunos momentos más logrados que otros), y nos lleva a recorrer y a aceptar su itinerario, su cronología, como la propia, aún cuando nuestra experiencia sea diferente o más vasta.

Para el grupo, el hecho de dominar el tema, de saber exactamente de qué están hablando, produce, además de actuaciones plenas y creíbles, un texto dramático que a lo funcional agrega lo coherente y lo bello, dando la impresión de haber sido escrito por una

sola y experimentada mano. La oración «Padre mío» que reza la actriz Elena Muñoz antes de consumir su primera experiencia sexual, es uno de los momentos textuales más altos de la pieza y buen ejemplo de lo antes mencionado.

Por otra parte, la dirección de Rodrigo Bastidas, sin duda el discípulo más aventajado de Jaime Vadell, formado en los mejores tiempos del Teatro La Feria, aporta una serie de hallazgos formales y conceptuales, situaciones lúdicas a granel y un manejo siempre riguroso y bien aprovechado del tempo teatral; lo que sumado a la utilización eficaz y dinámica del espacio escénico, ha producido una de las obras más refrescantes y logradas de la temporada actual.

Para terminar y no escatimar elogios a un grupo que se los merece de sobra, quiero destacar el hecho de que éste no optó por el facilismo de la simple parodia de anécdotas y experiencias juveniles, sino que además de transformarlas en auténticos episodios dramáticos con su carga de sugerencias y lecturas, puso en escena todo este despliegue testimonial bajo un signo mayor: el de la muerte, de lo perecible, de lo fugaz de la existencia humana. Esta mirada de los 30 años, desde la perspectiva del cementerio, donde un sepulturero de estirpe isabelina nos recuerda a cada instante cuán rápido se pasa la vida y cuán luego nos llega la muerte, da a la obra un sentido de profundidad poética y metafísica que, sin discursos ni argumentaciones sociológicas ajenas al drama, nos muestra de cuerpo entero a una generación golpeada, atribulada tal vez, pero jamás perdida en lo banal, en lo folletinesco y menos aún en lo vulgar. Una generación con ansias de perdurar, de trascender, de renovarse. Creemos que el Teatro Aparte dentro de la Universidad Católica lo consigue con creces. •

Gabriel Prieto, Alvaro Pacull, Rodrigo Bastidas, Elena Muñoz y Magdalena Max-Neef. Foto: Bernardo Mendoza.

